

tico plural, que sólo podemos juzgar en su integridad cuando conozcamos su versión fílmica, presumiblemente dirigida por uno de los más veteranos y experimentados directores de cine en el país: Francisco Norden. Podría ser que, cumplida esta segunda asimilación de la obra, las carencias estructurales y psicológicas de la versión literaria se mostraran como la consecuencia obligada de su incompletitud, al buscar hacer complementarios e interfecundantes dos géneros artísticos decisivos de nuestra época: la novela y el cine.

JAIME EDUARDO JARAMILLO J.



Vagones de carcajadas

De cómo divertirse sin reproducirse
 Juan José Saavedra
 Feriva Editores, Cali, 1989, 191 págs.

“Hay que resucitar las lenguas con sonoras risas, con vagones de carca-

jadas, con cortocircuitos en las frases y cataclismos en la gramática”, dice don Vicente Huidobro.

Y sin cataclismos en la gramática, pero acaso con todo lo demás, Juan José Saavedra (JJS), ilustre mamagallista nacional, reincide en el tema de las relaciones de pareja. Antes fue *De cómo ser feliz aun estando casado*; ahora es *De cómo divertirse sin reproducirse*. Dos quimeras. Pero JJS ofrece algunas recetas domésticas.

Todo gira aquí, como una noria, en torno al tema del sexo y sus variantes y sus asuntos afines y sus no siempre deseados productos (de nuevo, un certero título de lo que amenaza convertirse en una enciclopedia).

No obstante, el agua que alimenta esta rueda loca (agua que no has de beber, envenénala) es el humor, humor a rodos que atempera el morbo del más avieso lector. Sexo y humor se complementan magníficamente en la pluma traviesa de JJS.

Pero como la carga es pesada (191 páginas de incesantes retruécanos), JJS ha debido inventarse un chivo expiatorio: un estudiante nariñense que para optar al título de ginecólogo escribe una tesis intitulada “Sobre las posibles causas del embarazo”.

El genio de marras, llamado Abelardo, o Apeltardo, o Apetardo, o Abelfardo, o Abel, hace gala de una infinita erudición y navega con notable pericia por los meandros de la sexualidad humana.

La exploración de Abeltardo comprende diversas instancias de ese oscuro objeto del deseo y llega incluso a penetrar en el brumoso estrato de la psiquis colectiva.

Abelfardo, áter ego de JJS, se balancea sobre la cuerda floja de un tema siempre resbaladizo. Pero la red salvadora del ingenio lo libra de caer en esa olla de la chabacanería y del chiste resabido. André Breton decía que el verdadero humor no era el deliberado de los humoristas profesionales, sino el imprevisto, el casual, el que surgía espontáneamente al socaire de una situación absurda.

JJS, *barman* refinado, sabe preparar la pócima. Su atinada retórica, sus múltiples voces populares, sus dotes de eximio escritor están aquí al servicio de una causa que quisié-

ramos llamar noble, como lo formula en esta frase central del libro en cuestión: “La porción sensata de la humanidad, una ínfima minoría, se ha rebelado contra el sufrimiento, y la superación de éste debe ser uno de los objetivos más urgentes de la humanidad. Tenemos la obligación de ser felices y las palmaditas nos pueden servir, como al recién nacido, para despertar”.

El libro aborda todas las fases de ese ritual que ha propagado la especie humana: el juego del galanteo, los avances del Casanova y la vampiresa, la búsqueda frenética del tálamo (catre entre nosotros), el epitalamio propiamente dicho, los distintos métodos para divertirse sin reproducirse, la posible falla de estos métodos, la opción de un método infalible aplicado a los guardias del harén o a los tenores castratis del barroco temprano, la embarazosa preñez, la formación intrauterina del pequeño advenedizo que con el tiempo se convertirá en el burócrata de turno.

El jocundo ensayo de JJS aborda así mismo las fases del puerperio, la crianza, la adolescencia (ciertamente una dolencia), de la “insurgencia” del sexo, del ineluctable declive y del climaterio, edad dorada llena de posibilidades.

El futuro facultativo pastuso, mampara del altivo letrado payanés, toca también el tema del placer como causal suprema de las acciones humanas. Ya lo advertimos, se trata de una noria que gira y gira sobre el pozo de la dicha. El erotismo es aceptado aquí como vicio o compulsión, o como función humana, demasiado humana.

JJS y su carnal Abelardo escudriñan ese útero social llamado familia, sesudo tema en el que no nos detendremos para pasar al más problemático de los románticos fornicadores escindidos por el predicamento financiero: “los que viven en la miseria se llenan de hijos y como se llenan de hijos viven en la miseria”, sentencia el docto pastuso.

Otro de los capítulos versa sobre la salud de la gestante y del retoño. Aquí ambos, los autores del libro, pontifican sobre los perniciosos efectos del tabaco, mortal para el pecho. A lo hecho, pecho; y pasemos al tema

de la dulce lactancia, acápiteme en el que se les olvida insertar el viejo aforismo de que "el que no llora no succiona".

El desarrollo del pergenio o del pebete, como lo llama este pícaro escriba, ocupa la parte final del tratado, llena de discutibles pero interesantísimas interpretaciones psicoanalíticas.

Finalmente, arribamos al elusivo tema de la moral y del manejo de esa virtud suprema del *homo erectus*: la voluntad. Hace aquí irrupción la vena lírica de JJS. Dice: "Así como la noche, para transformarse en día, tiene que pasar por el crepúsculo —un momento ambiguo, pleno de tonalidades indecisas, en el que se mezclan como en un cuadro de Rembrandt las sombras y la luz—, el infante, para convertirse en hombre, ha de tramitar la adolescencia...".

La metáfora le costó a JJS un cartucho de Super Quink y terribles fatigas de medianoche. Pero la luz se hizo al final en un alba plena de arreboles, que, en realidad, son un instante del ocaso, cuando los vemos fugarse en los crepúsculos (laus Leo).

RAÚL JOSÉ DÍAZ

Angustia existencial

Bruna de otoño

Germán Uribe

Editorial Oveja Negra, Bogotá, 1990,
167 págs.

Bruna de otoño es la última novela del escritor pereirano Germán Uribe. Como se anuncia desde su título, es protagonizada por Bruna, "la hija única de una respetable pareja caleña, aristócrata, millonaria y divorciada" (pág. 11).

En esta historia de doce capítulos narrada en primera persona, Bruna lleva al lector al interior de su vida familiar y afectiva llena de conflictos.

En Europa, a donde suele viajar todos los octubres, Bruna Kuppel vive una de sus habituales aventuras amorosas, esta vez en París junto al cucuteño Marcel, "un romántico estudiante de Bellas Artes, solitario y pobre inquilino de una misera buhardilla atiborrada de bocetos y pinturas sin remedio inconclusas" (pág. 12). Así como él, otros han ocupado su lugar. Es el caso de Philip y Franz. Philip, un ecuatoriano amigo de los padres de Bruna, con apartamento en Londres, quien durante la tercera visita de la protagonista la inició en las artes del sexo y del descubrimiento del viejo continente; labor que luego continuó Franz hasta cuando le tocó el turno a Marcel, quien, a pesar de las advertencias de sus amigos —"lo que ella quiere es dejar en ti un enclave amoroso con sede en París"—, vive una relación amorosa durante la novela, que termina en separación. En una de sus reflexiones sobre su relación con ella señala: "pero de nuestro destino comun, me río: una noche de orgía vacía de cualquier contenido sentimental que pueda fundir un amor inmortalizado como al que yo aspiro" (pág. 70).

La verdad es que Bruna se encontraba alejada del amor. Ella misma, en una de las cartas que escribe a su padre, se refiere a su naturaleza: a su sed de venganza, a su odio sin fondo, a su mala conciencia y a la derrota que arrastraba por dentro y con la que quería dañar a todo el mundo.

Para Bruna Kuppel todo comenzó cuando era niña. Cuando sus padres la convirtieron en un objeto negociable durante el proceso legal de separación, cuando no era más que una intrusa tolerada en su casa. Por eso ella le dice a su padre: "La dolorosa verdad es que todos estos momentos que he vivido desde que llegué a París, y ahora en Londres, son tantos y tan bellos que sólo se me dañan cuando me acuerdo de ti, de mi madre y de Cali, tres látigos de diferente color de los que no me puedo burlar" (pág. 43).

Dentro de esta vida sin amor hay otro episodio que marcó la existencia de Bruna. Entonces tenía 17 años y era su primera salida sola a una fiesta

y estaba en compañía de Chucho Perea, quien terminó por seducirla. Desde aquella noche, dicho episodio ha sido más que un recuerdo: "lo cierto es que aún convivo con una secuela de aquella noche: desde entonces para mí, así como le ocurre a mi madre, todo es normal en esta vida" (pág. 41).



Si existen ciertos momentos que hayan marcado la vida de esta mujer son estos dos. Experiencias que la llevan a preguntarse entre otras cosas: "¿A qué crees tú que se pueda atribuir mi complacencia en dañar, y por añadidura en robar a los demás esa anulación implícita de lo normal que me acompaña?" (pág. 41).

Tal vez por querer olvidar su propia vida es que Bruna Kuppel llega cada año en otoño a Europa para vivir lo que sus compañeros ya quieren olvidar: "una vida de perros hundida en el estiércol del alcohol, las drogas y el sexo". Pero mientras dura la historia son estas tres las coordenadas bajo las cuales se mueven los personajes, aunque reconozcan su sinsentido: "Parece que todos quisieran acabar, dar por terminado ese nuevo y estéril intento por alcanzar desde la droga y el sexo aunque fuera una molécula de infinito, una partícula de inmortalidad, un átomo estelar..." (pág. 145).

Pero el ambiente en que se mueven y su condición de extranjeros los llevan a relacionarse con una colonia de forasteros formada por "Donna y Diter, ella celestina y vividora, refinada y rica; él, vago, bastardo, músico y *gigolo*; Whitaker y Maggi, un par de meseros desprejuiciados y a reven-